

## Cuadernos del Hipogrifo. Revista de Literatura Hispanoamericana y Comparada Comparada ISSN 2420-918X (Roma)



82

### EL PODER EN *EL SEÑOR PRESIDENTE* DE ASTURIAS: LÍMITES Y MECANISMOS

Jesús Gómez-de-Tejada

(Universidad de Sevilla/IDESH. Universidad Autónoma de Chile)

**Resumen.** Este artículo focaliza los procedimientos narrativos con que Miguel Ángel Asturias construye la figura omnímoda y mitológica de un dictador en la novela *El Señor Presidente* (1946). El despótico protagonista, todopoderoso creador de redes de intriga y terror con las que somete a los ciudadanos, manipula las leyes de la casualidad y la causalidad a su capricho. El estudio hace hincapié en la configuración del autócrata como encarnación simultánea de la Providencia cristiana y de Tohil, dios del fuego y de la lluvia maya. A pesar de este retrato divinizado, en última instancia, Asturias resquebraja su poder ilimitado mediante el uso de lo grotesco.

**Abstract.** This article focuses on the narrative procedures which Miguel Ángel Asturias uses to build the mythological and all-encompassing figure of a dictator in his novel *El señor Presidente* (1946). The despotic protagonist, powerful creator of terror and intrigues to submit the citizens, manipulates the laws of chance and causality at will. This analysis highlights the configuration of the autocrat as a simultaneous embodiment of the Christian Providence and the Mayan Tohil, god of fire and rain. Despite this divinized portrait, Miguel Ángel Asturias breaks the unlimited power of his protagonist through the use of the grotesque.

**Palabras clave.** Miguel Ángel Asturias, *El Señor Presidente*, Novela de la dictadura, Literatura guatemalteca del siglo XX, Literatura hispanoamericana del siglo XX

**Keywords.** Miguel Ángel Asturias, *El Señor Presidente*, Dictator Novel, 20th Century Guatemalan Literature, 20th Century Spanish American Literature

Una primera lectura de la novela de Miguel Ángel Asturias puede dar la impresión de que son varios los acontecimientos y hechos que escapan al control de los fatales hilos de poder manejados con impiedad e impunidad por el dictador protagonista –aunque no lo nombra, el guatemalteco Estrada Cabrera, según se acepta unánimemente<sup>1</sup>. Ello puede posibilitar que el lector extraiga una visión según la cual es un orden caótico el que decide los destinos de los seres a los que la narración da vida. Sin embargo, aunque la casualidad o el azar alcancen en la obra un cierto nivel de importancia, no hay que obviar que la mayor parte de los acontecimientos y hechos que se cuentan parte originaria y directamente de la voluntad del déspota que adquiere carácter de designio divino.

### 1. Casualidad y causalidad del Poder

El narrador nos presenta inmediatamente el hecho a partir del cual se desencadenará una serie de acontecimientos, cuyo desarrollo en sus diferentes ramificaciones constituirá el nudo central del argumento de la obra. La muerte del coronel Parrales Sonriente, el hombre de la mulita, a manos del Pelele, posee un carácter esencialmente fortuito y, por tanto, ajeno a la voluntad del Señor Presidente: «El idiota Pelele mata al más poderoso de los agentes de la dictadura, y este episodio inicial pone en funcionamiento la máquina infernal del dictador» (Anderson-Imbert, E. 1971: 127). Por su importancia en el relato, este es el ejemplo más llamativo de la acción del azar (Asturias, M. A. 1994: 13).

A pesar de ello, también es la muestra más evidente de la capacidad del impío presidente para reconvertir y reconducir la naturaleza y el efecto de estos azarosos acontecimientos hacia los cauces de su propio deseo. Así, los posibles testigos del asesinato de uno de los hombres de mayor confianza del máximo mandatario del país son convenientemente interrogados y torturados para demostrar la participación en dicho crimen de enemigos del régimen. Esto hace afirmar a Anderson-Imbert que existe «[c]asualidad en el crimen del idiota, pero causalidad en la venganza del dictador» (Anderson-Imbert, E. 1971: 127):

---

<sup>1</sup> Entendida como un subgénero narrativo, la novela de la dictadura hispanoamericana comienza a esbozarse con *Amalia* (1851), de José Mármol –quizás con *Facundo* (1845), de Domingo Faustino Sarmiento– y se prolonga al menos hasta *La fiesta del Chivo* (2000), de Mario Vargas Llosa. *El Señor Presidente* continúa algunos de los rasgos establecidos por títulos anteriores como la citada de Mármol o *Tirano Banderas* (1926), de Ramón María del Valle Inclán. Otros títulos muy conocidos pertenecientes a esta modalidad novelística son: *El recurso del método* (1974), de Alejo Carpentier; *Yo, el Supremo* (1974), de Augusto Roa Bastos; *El otoño del Patriarca* (1975), de Gabriel García Márquez. (Kadiköylü, N. 2012: 222 y ss.).

–¡Fue el idiota! [...]

–¡Mentira...! –afirmó el Auditor, y, a pausa de por medio–, ¡mentira, embustero!... Yo le voy a decir, a ver si se atreve a negarlo, quiénes asesinaron al coronel José Parrales Sonriente; yo se lo voy a decir... ¡El general Eusebio Canales y el licenciado Abel Carvajal!... (Asturias, M. A. 1994: 17, 18)

Igualmente, el asesinato del Pelele, que podría interpretarse como fruto de la casualidad, es ordenado directamente por el Señor Presidente a fin de encubrir la conspiración urdida contra los dos inocentes responsabilizados del inopinado crimen y, que a su vez se reviste de legalidad bajo la necesidad de acabar con la rabia que se dice afecta al citado personaje (Asturias, M. A. 1994: 142).

Otro ejemplo de casualidad reconvertida en instrumento de la fatídica voluntad del tiránico presidente es la ayuda que Cara de Ángel presta al mayor Farfán, quién había sido condenado a morir envenenado por «un calmante definitivo en la primera borrachera que se ponga de hacer cama» (Asturias, M. A. 1994: 181). Posteriormente, este militar se encarga de llevar a cabo la detención del propio Cara de Ángel. El lector, a partir de los hechos, puede colegir que el mayor Farfán ha denunciado a su benefactor, congraciándose así de nuevo con el dictador, quien como se dice explícitamente en la novela gusta de utilizar para sus planes a aquellos sobre los que pende una condena judicial o a los que, en situación extrema ante él, se encuentran deseosos de reconquistar su favor:

El delito de sangre era ideal; la supresión de un prójimo constituía la adhesión más completa del ciudadano al Señor Presidente. Dos meses de cárcel, para cubrir las apariencias y derecho después a un puesto público de los de confianza, lo que sólo se dispensaba a servidores con proceso pendiente, por la comodidad de devolverlos a la cárcel conforme a la ley, si no se portaban bien. (Asturias, M. A. 1994: 181-182)

La boda de Cara de Ángel con Camila, hija del general Eusebio Canales, y el rapto de esta a manos del futuro esposo se sitúan fuera del ámbito de los designios del execrable dictador, pero ambos hechos serán utilizados para acabar con la vida del general y con su efímera tentativa de revolución (Asturias, M. A. 1994: 259-260). Cualquiera duda en torno a la premeditación con que el Señor Presidente determina la publicación de la noticia de la boda de estos personajes, falseándola al presentarse como padrino de estos, queda resuelta en los últimos capítulos de la obra, cuando, valiéndose de un procedimiento similar y después de haber acabado físicamente con Cara de Ángel, destruye también el alma de su antiguo siervo (Asturias, M. A. 1994: 293-294). Además, para

encubrir su encarcelamiento y su posterior muerte, el dictador utiliza un doble del ex -favorito para que viaje a Nueva York, ilusorio destino oficial del verdadero Cara de Ángel, y deje constancia de la falsa estancia del detenido en la ciudad estadounidense (Asturias, M. A. 1994: 277, 285-287).

Cuando la ley o la razón -fundamentos de la democracia y de la civilización- se convierten en la voluntad personal del Señor Presidente -representante de la dictadura y de la barbarie (aunque dedique templos y fiestas a Minerva)-, lo arbitrario adquiere un carácter de causalidad indefectible, de hecho inextricable. Por tanto, todo aquello que contraviene los deseos del tirano se ubica necesariamente en el espacio de lo casual y de lo anómalo, ya que se opondría a la razón y a la ley suprema del Señor Presidente. De este modo, el azar aparece claramente vinculado con la libertad y la ruptura de los estrechos límites determinados por el poder. Los mecanismos represores y coercitivos actuarán sobre lo aleatorio, es decir, el azar será castigado. La casualidad se define como todo hecho o acontecimiento que se produce fuera del ámbito decisorio de la voluntad y el capricho del Señor Presidente. Mientras, que por causalidad se entiende el espacio en que se sitúan la mayor parte de los actos y de los elementos de la novela de Asturias, esto es, el contexto delimitado por los designios expresos del mandatario.

A este corresponde racionalizar tal casualidad por medio de un encadenamiento de acciones destinadas a marcar el carácter ilegal de la casualidad y la naturaleza legal de la reacción causal subsiguiente. Se intenta con ello ocultar el más execrable de los regímenes dictatoriales tras una máscara democrática y progresista. La (re)acción causal encausa y encauza en la inequívoca y fatal dirección de la voluntad presidencial todo fenómeno casual -deliberado o no-, es decir, que el Señor Presidente, como razón-ley-voluntad suprema y también como *fatum* inapelable, va a regir los destinos de todos los habitantes del país, controlando sus actos y regulando cualquier anomalía que escape de la urdimbre de sus deseos a través de métodos expeditivos en que lo casual es utilizado en su propio beneficio y reconducido hacia el espacio gobernado causalmente por su voluntad. El Señor Presidente, como él mismo dice en la novela, no es sino la encarnación de la Fortuna, y su mejor aliada siempre ha sido y será la muerte: «Con decir que si no fuera por mí no existiría la fortuna, ya que hasta de diosa ciega tengo que hacer en la lotería...» (Asturias, M. A. 1994: 267).

En este afán de delimitación de la influencia de lo casual y de lo causal en la esfera del poder, según se presenta y se desarrolla dicho concepto en la novela, es pertinente y aclaratorio recuperar el debate que en el siglo XV tuvo lugar en torno a las relaciones entre la Fortuna y la Divina Providencia. De Nigris afirma que sobre tal cuestión se postulaba por un lado y desde una posición profana el carácter divino, arbitrario y hostil de la Fortuna, mientras que desde una visión cristiana, era presentada bajo el gobierno de una voluntad superior a



ella, es decir, de la Divina Providencia. En la época, continúa De Nigris, fueron numerosos los autores que desarrollaron el tema en sus obras, oscilando entre ambas posturas y matizándolas en diferentes grados. Así, el marqués de Santillana en la *Comedieta de Ponza* y en *Bías contra Fortuna* la presentaba respectivamente como «ministra de Dios» y como «una enemiga de la cual el sabio debe defenderse, desde una posición estoica», mientras que en su obra, *Doctrinal de Privados*, intenta alcanzar «una fórmula para conciliar la existencia del hado, la omnipotencia divina y los méritos de los hombres». En este último sentido, Juan de Mena en *Laberinto de Fortuna* trata de armonizar la idea de la Fortuna como enemiga del ser humano con la existencia de una deidad omnipotente, de tal modo que, cita De Nigris a Rosa M<sup>a</sup> Lida, «el verdadero árbitro del destino humano es la Providencia y que la Fortuna no es señora, sino sierva de aquélla». Mena, por tanto, hace prevalecer la concepción cristiana por la que la Fortuna pagana que daba al hombre sensación de caos, era gobernada por la Divina Providencia, la cual regulaba y organizaba el aparente caos de las casualidades promovidas por la Fortuna, bajo la tutela de la voluntad de Dios. El mismo Dante, a quien Asturias leyó, como atestigua el hecho de que la obra se tituló provisionalmente *Malevolge* –último círculo del infierno en *La Divina Comedia*– consideraba a la Fortuna como ministra de Dios (Nigris, C. de 1994: LXIII-LXV). Desde una perspectiva pagana, la Fortuna es vista, según lo dicho, como una diosa caprichosa y voluble que hace subir y bajar a los hombres de ella sin sentido, de modo aleatorio, girando a modo de rueda y situándolos arriba y abajo indiscriminadamente; mientras que, desde la concepción cristiana, el carácter aparentemente azaroso y casual, que a los ojos de la humanidad muestra la Fortuna, es guiado en última instancia por el designio premeditado y causal de la Divina Providencia.

Al aplicar estos conceptos a la novela de Asturias, comprobamos que los hechos casuales que escapan en su origen a la voluntad del dictador son reconducidos inmediatamente hacia la esfera dominada por los designios presidenciales, espacio en el que pierden su prístina naturaleza aleatoria y pasan a formar parte del entramado racional, premeditado y causal de las intrigas del Señor Presidente. Nos encontramos con una fuerza o voluntad superior –Divina Providencia, Dios– capaz de gobernar y revertir los iniciales efectos de una fortuna, desprovista, por sí sola, de su condición de deidad. Esta necesita fusionarse con la figura del Señor Presidente, compendio de distintos aspectos de las tradiciones míticas cristiana, clásica y precolombina, para alcanzar su absoluto y verdadero poder como regidora del destino de los hombres<sup>2</sup>. A pesar de eventuales acontecimientos en los que es Fortuna la que parece manejar los hilos de la vida humana, los azarosos devaneos de sus designios son sometidos y regulados por la voluntad suprema del Señor Presidente, que aparece ante el

<sup>2</sup> Verduzco analiza las relaciones entre los mitos cristianos, mayas y griegos que se entrecruzan en la novela (Verduzco, R. 2012).

pueblo como *el hombre necesario*, la figura paternal que ordena el caos: «¡La lotería, amigo, la lotería! ¡La lotería, amigo, la lotería! Esta era la frase-síntesis de aquel país (...) la única ley en esta tierra es la lotería: ¡pog lotería cae ugté en la cárcel, pog lotería lo fusilan, pog lotería lo hacen diputado, diplomático, presidente de la República, general, ministro!» (Asturias, M. A. 1994: 106).

## 2. Deificación y desmitificación del dictador

Minguet afirma que el novelista guatemalteco «en vez de “reproducir” exactamente el propio destino de Estrada Cabrera, o de presentar un retrato-tipo de un dictador de novela, [...] fiel a la representación que la gente de su patria tenía del dictador (nadie veía nunca al Presidente) ofrece de él un retrato proteiforme, mitológico» (Minguet, Ch. 1978: CXLVI). Rodríguez argumenta que, de forma contradictoria, «la mitificación del dictador en *El Señor Presidente* tiene tres vertientes: // 1) La que lo asimila a la deidad maya-quiché, Tohil. // 2) La que lo asimila al Dios cristiano. // 3) La vertiente de la política oficial» (Rodríguez, T. 1989: 44).

Es evidente la voluntad de Asturias por presentarlo como un ser omnisciente y ubicuo. Son muchos los fragmentos narrativos que subrayan esta singularidad del personaje. Además de su capacidad para manipular el destino de los hombres, encontramos otra serie de rasgos que le confieren un halo de divinidad<sup>3</sup>. A través del narrador, ya en las primeras páginas, se señala la capacidad del Señor Presidente para habitar «muchas casas a la vez», así como el hecho de que «no dormía nunca o que cuando lo hacía era al lado de un teléfono con un látigo en la mano» (Asturias, M. A. 1994: 13). Es la misma voz del Señor Presidente, la que se arroga el derecho de decisión del destino humano y la potestad de saberlo todo (Asturias, M. A. 1994: 268).

Incluso, el narrador parece otorgarle la facultad de desaparecer a su antojo, trascendiendo los límites de su carnalidad: «Lo que ninguno pudo decir fue por dónde y a qué hora desapareció el Presidente» (Asturias, M. A. 1994: 103). Al presentar la red de espías que circunda el palacio presidencial, el poder del opresor parece incluir una conexión sobrehumana con la naturaleza:

Todo le pareció fácil antes que ladraran los perros en el bosque monstruoso que separaba al Señor Presidente de sus enemigos, bosque de árboles de orejas que al menor eco se revolvían como agitadas por

<sup>3</sup> Sawala argumenta que, en la literatura latinoamericana (ejemplificada con la novela de Asturias, *El otoño del Patriarca* de García Márquez y *La fiesta del Chivo* de Vargas Llosa), la dictadura puede leerse «como un sistema mítico-ritual» (Sawala, W. 2014: 227). Para Sawala, «el poder autoritario inscribe la vida social en un discurso peculiar que adopta una forma narrativa y presenta rasgos que pueden identificarse como mitológicos, partiendo de la concepción general del mito» (Sawala, W. 2014: 227).

el huracán. Ni una brizna de ruido quedaba leguas a la redonda con el hambre de aquellos millones de cartílagos. Los perros seguían ladrando. Una red de hilos invisibles, más invisibles que los hilos del telégrafo, comunicaba cada hoja con el Señor Presidente, atento a lo que pasaba en las vísceras más secretas de los ciudadanos. (Asturias, M. A. 1994: 41)

En muchos pasajes, se explicita la usurpación del papel de Dios por el Señor Presidente y se subraya la adoración pseudoreligiosa que los subyugados ciudadanos de la República profesan al tirano. Dicha identificación presenta en la obra una doble vertiente según se manifieste en función de la tradición católica o de la indígena. En el capítulo V «Todo el orbe cante» aparecen múltiples alusiones que equiparan la figura del dictador con la del Dios cristiano. La voz del narrador proclama repetidamente como una letanía, un fragmento de una oración de la religión católica, mientras subraya la actitud reverencial de los miembros de las más importantes esferas sociales: «¡Señor, Señor, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria! Las señoras sentían el divino poder del Dios Amado. Sacerdotes de mucha envidia le incensaban» (Asturias, M. A. 1994: 100). Asimismo, Cara de Ángel tras oír como el presidente es llamado al comienzo de un panegírico en su honor «hijo del pueblo», lo identifica rápidamente con Jesucristo: «...pero el favorito, que le bailaba el agua, se atrevió a decir en voz baja: // -Como Jesús, hijo del pueblo...» (Asturias, M. A. 1994: 101).

Por otra parte, a través de la tradición maya-quiché, el temido mandatario es también asimilado a la figura de Tohil, dios que exigía a sus adoradores sacrificios humanos a cambio del fuego, símbolo de vida. Esta figura de la mitología precolombina aparece descrita en el Popol-Vuh (Libro del Consejo), Biblia de los mayas, donde se narra como «Tohil había dado fuego a su gente. Pero ese primer fuego sagrado desapareció como resultado de una gran lluvia, y nuevamente Tohil tuvo que proveerlo, pero esta vez frotando sus sandalias una con otra... Como pago, exigió sacrificios humanos» (Leal, Ll. 1971: 315). León Hill apunta que Tohil también era dios de la lluvia y añade que habiéndose producido una gran confluencia de tribus y siendo los hombres que las constituían extremadamente pobres y estando ateridos de frío, estos se dirigieron al dios Tohil para pedirle la gracia del fuego protector, la cual no les fue otorgada. Aconsejados por un mensajero de los dioses, preguntan al dios del fuego y de la lluvia qué quiere a cambio de concederles su deseo. Este exige sacrificios humanos. Al negarse los hombres, Tohil por «medio de la treta de darles el fuego y luego quitárselo enviándoles copiosa lluvia, los vence y se someten a su poder» (León Hill, E. 1972: 32).

La asimilación del personaje con esta figura divina se concreta con relativa nitidez en el capítulo XXXVII, precisamente llamado «El baile de Tohil». Cara de

Ángel, en el instante en que el tiempo adquiere para él un carácter de íntima y oscura cuenta atrás, puesto que su sentencia de muerte ya ha sido dictaminada definitivamente por el vengativo capricho del déspota, tiene una visión que entronca directamente con el ritual de los sacrificios humanos ofrecidos al sanguinario dios. Además, nos sitúa en el pasaje de la mitología maya en que los hombres, sometidos a su impía voluntad, aceptan la inmolación de sus semejantes a cambio de recuperar la llama que les había dado luz y vida, aunque ahora bajo esa feroz condición, como proclama el mismo Tohil en la visión de Cara de Ángel, «no habrá ni verdadera muerte ni verdadera vida» (Asturias, M. A. 1994: 270).

Junto con este fragmento, que vincula ambas figuras con bastante claridad, hay que destacar el gran número de alusiones relacionadas con el dolor, la angustia, la soledad, la miseria asociadas al frío y a la humedad extremas, en íntima conexión, todo ello, con el distanciamiento respecto al Señor Presidente, la caída en desgracia y el encarcelamiento de algunos personajes, especialmente Cara de Ángel, en quien el proceso alcanza dimensiones prometeicas: «Dos horas de luz, veintidós horas de oscuridad completa, una lata de caldo y una de excrementos, sed en verano, en invierno el diluvio; esta era la vida en aquellas cárceles subterráneas» (Asturias, M. A. 1994: 290, 291).

Estas referencias dan mayor consistencia a la vinculación del dictador con el dios del fuego maya, ya que el alejamiento del tirano o la pérdida del favor presidencial son específicamente relacionados con el despojamiento de la luz y del calor. Cara de Ángel, como un nuevo Tántalo, apenas puede tocar una luz que, como especifica el narrador, «se estaba yendo desde que venía» (Asturias, M. A. 1994: 290, 292). El Señor Presidente, como un nuevo dios del fuego y de la lluvia, aparta al siervo rebelde de sí, negándole el calor que administra a su capricho. A la privación de luz, se une la humedad que genera la lluvia de invierno, igualmente dócil a los designios presidenciales, que acrecienta la tortura del personaje y la imagen fría e infernal de los calabozos.

Sin dejar esta intención divinizadora, señalamos cómo la relación entre el todopoderoso autócrata y su, en otra hora, siervo principal desarrolla una imagen paralela e invertida de la rebelión que, en la tradición bíblica, protagoniza Luzbel –ángel de luz, ángel bello– contra Dios. El ángel rebelde, derrotado, es condenado al infierno, donde pasa a reinar como Satán y se convierte en poder y símbolo contrario al de Dios en los cielos –las tinieblas frente a la luz–. En la novela, esta inversión se establece a través del intercambio entre los personajes de la naturaleza y el signo del poder al que representan en las Sagradas Escrituras. El Señor Presidente, aunque dador del fuego, es un dios oscuro y maligno, mientras que Cara de Ángel, que bajo su mandato, había sido «bello y malo como Satán» (Asturias, M. A. 1994: 101), al enfrentarse a él y, por ello, ser apartado de su reino de negra luz, de calor mortecino, de muerte en vida, se convierte, en cierto modo y por contraposición a la figura opresora



presidencial, en símbolo del bien asociado al Dios de los cristianos. Miguel Cara de Ángel, se transforma en San Miguel Arcángel, al que la Iglesia llama príncipe de la milicia celestial, defensor del pueblo de Dios contra el demonio, venerado como ángel vencedor de Satanás y sus seguidores a los que expulsó del cielo con su espada llameante. La figura de Cara de Ángel se polariza en una doble naturaleza: primero demoníaca y, más tarde, angelical. Con ambas, se subraya la maléfica divinidad del Señor Presidente.

Asturias conoció personalmente al dictador Estrada Cabrera. Su familia había sufrido cierta persecución durante el mandato del tirano, de niño había escuchado los relatos que en lo más profundo de las casas y con las puertas cerradas se contaban sobre este. En su época parisina, había competido con otros intelectuales hispanoamericanos por recrear las más truculentas y atroces historias sobre la violencia y crueldad de los distintos déspotas de sus respectivos países de origen. Durante el proceso judicial, que siguió a la caída de Estrada Cabrera en 1920, pudo comprobar la fascinación que el mandatario seguía ejerciendo sobre el pueblo guatemalteco. Para ellos, el omnímodo dueño de sus destinos durante veintidós años (1898-1920) no podía haber sido encarcelado y desposeído de su poder. Aquel hombre que las nuevas autoridades mostraban ante ellos, marchito y avejentado, era visto como un impostor. Es esta mentalidad fruto de prolongados y salvajes padecimientos, germen a su vez de un terror atávico, la que origina el mito del Señor Presidente; y es esta forma de pensar la que Asturias ha pretendido reflejar.

Sin embargo, a pesar de esta consciente mitificación y divinización del Señor Presidente en sus dos vertientes cristiana y pagana, colonial y precolombina, en ocasiones, se desprende del texto, al mismo tiempo y en sentido contrario, la voluntad de desposeer al tirano de esa aureola de omnímoda deidad por medio de la presentación del lado más terrenal y finito del brutal personaje bajo el signo de la parodia y del esperpento. Ruffinelli sugiere que «Asturias ha debido haberse visto fascinado por la dictadura como expresión del poder malévolo de un individuo, y es hacia –contra– lo individual de su dictadura que enfila sus dardos satíricos, subrayando lo grotesco del personaje Presidente y lo absurdamente cruel de sus actos» (Ruffinelli, J. 2000: 881). Como si no quisiera esconder la base real, el soporte tangible y carnal que sustenta la imagen mítica, el autor salpica el relato de alusiones que desdibujan la figura presidencial y presentan sus temores, sus vicios, sus orígenes, sus relaciones juveniles con la madame Chon Diente de Oro, su sordidez, las marcas que en él ha dejado el paso del tiempo. Egúez se refiere a «la capacidad regenerativa del grotesco bajtiano [...] que] posibilita[n] la aproximación a otro orden de las cosas, a un mundo al revés que concentra la tensión de la ambivalencia y se rebela en contra de la realidad ‘al derecho’ representada por el Presidente» (Egúez, R. 2003: 221-222). Todo ello, contribuye a diluir, en cierta medida, la omnipotencia del déspota y permite intuir el crepúsculo del dios. Se

anuncia –o se recuerda– a través de este procedimiento, aunque se produzca fuera de la novela (no en la ficción, sino en la realidad), la caída final del Señor Presidente.

### 3. Los dos sentidos del terror: bidirección del miedo

Navarro afirma que «el miedo, el terror omnipresente de la dictadura, constituye el protagonista principal de *El Señor Presidente*» (Navarro, C. 1971: 169) y detalla con minuciosidad el proceso por el cual Asturias sumerge a sus personajes en el espanto más extremado, aseverando que la fisonomía de este pánico, «siempre cambiante, gira en torno a la figura odiosa del Señor Presidente» (Navarro, C. 1971: 174). Por otro lado, Rojas Pachas estudia la novela desde su relación con la estructura arquitectónica del panóptico creada por Jeremy Bentham y sobre la que Foucault teorizó en *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión (Surveiller et Punir: Naissance de la prison, 1975)*: «Se trata de un mundo regido por la disciplina y la vigilancia, estructurado bajo el imperio de tecnologías que se ajustan al principio de transparencia que impone el panóptico» (Rojas Pachas, D. 2012: 156).

Es evidente que los personajes que rodean al cruel mandatario son víctimas de un miedo atávico y, a veces, irracional, que alcanza en la novela niveles inusitados al enmarcarse en un país (innombrado) desolado por un ambiente oscuro y sombrío, por un contexto de impiedad y ausencia de lazos solidarios, por un clima de sospecha y desconfianza en el que la delación es una práctica cotidiana, por una situación civil y judicial enrarecida y gobernada por la mentira y el abuso y, en definitiva, por la más absoluta desprotección de los ciudadanos ante las veleidades de la figura presidencial y, por extensión, de los miembros de cada uno de los escalafones de su cadena de esbirros, aunque estos a su vez no se sientan y no estén libres de la antojadiza voluntad del tirano, al que rodea un halo de terror sobrenatural: «El Presidente se levantó funesto. (...) Poeta y auditorio quedaron atónitos, pequeñitos, vacíos, malestar atmosférico de cuando se pone el sol» (Asturias, M. A. 1994: 256).

Las intrigas urdidas alrededor de los seres que habitan la novela parecen crear la impresión en el lector de que estos se encuentran envueltos en una inmensurable red a la espera de ser cazados y devorados por sus semejantes. Dentro de esta imagen y a través de la continua y profunda animalización que sufren los personajes de la obra, el Señor Presidente viene a ser la gran araña negra, el fabuloso arácnido cuya telaraña se extiende a lo largo de todo el país, enredando y consumiendo al pueblo. El Señor Presidente teje la tela alrededor de todos y, especialmente, sobre aquellos a los que considera enemigos de su poder. En torno a ellos, coloca hilos de intriga, pegajosa urdimbre de sus designios, en los que caerán los traidores a su voluntad de modo ineluctable. Por

eso hay quien teme que una mano, como arácnidos que se descuelgan con hilos, baje de los techos y de las sombras para llevárselos, (Asturias, M. A. 1994: 34, 74, 77, 206). Si insistimos en la idea de este espacio como sociedad-prisión, puede decirse que «[p]orque hay castigos para los que chocan contra el discurso predominante, estos objetos-humanos temen el ojo penetrante del panóptico que les pueda entregar a los que administran el castigo» (Pace, D. G. 2009: [s. p.]).

Enredados en la red fraguada por el terror que la figura del inmisericorde tirano emana, los habitantes de su país no sólo tienen miedo a los secuaces, que bajo sus órdenes o con su anuencia asolan la República, sino que sienten pánico de todo semejante, de sus vecinos, de sus amigos, del simple caminante, ya que cualquiera puede ser un espía del Señor Presidente o de sus esbirros o, aun sin serlo, puede redactar un informe y enviarlo con la esperanza de que sus servicios se vean recompensados con el favor presidencial. Asturias dedica todo un capítulo a presentar una serie de comunicaciones de ciudadanos de la más diversa condición dirigidas al mandatario; en ellas se dan a conocer los hechos más nimios, escuchados a través de paredes o vistos en los salones de un lupanar o presenciados desde el lecho de un hospital, etc. La delación, inspirada por el terror de la ciudadanía o por el afán de medrar al abrigo de la tutela del déspota, es el material del que está tejida la telaraña del poder. Al referirse a este aspecto, Rojas Pachas afirma que «al interior de la maquinaria de poder diseñada por Asturias, vigilantes y vigilados se relacionan y comunican a todo nivel; social, personal y político, bajo un clima de insidia, traición y denuncia, el cual opera en honor al paradigma logocentrista de observación anónima» (Rojas Pachas, D. 2012: 159). Es el propio pueblo quien actúa como los oídos sobrenaturales del Presidente, quien se transforma en su fuente de información. Los mismos hombres se convierten, bajo la acción de un horror telúrico, en cazadores de hombres, son ellos quienes, a modo de sacrificio y tributo, entregan a sus semejantes al dios dador del fuego, de vida y muerte: «Allí, la cocinera que espía al amo y a la de adentro, y la de adentro que espía al amo y a la cocinera, me informan en este momento que Cara de Ángel se encerró en su habitación con el general Canales aproximadamente tres cuartos de hora» (Asturias, M. A. 1994: 69).

El Señor Presidente es el gran conspirador, el gran urdidor de intrigas. Todas sus fuerzas, su imaginación, su poder están dirigidos a acabar con cualquier posible conjura que amenace su situación de omnipotencia, la cual se mantiene a la vez sobre los cimientos de un miedo ancestral. Sin embargo, el terror que el poder del tirano inspira a los oprimidos ciudadanos es, de algún modo, directamente proporcional al que estos generan en él. Víctima de su propio mito, en la soledad del poder, ensimismado en el ciego afán de mantener su autárquico gobierno, enajenado por la acción de una potestad sin límites, el

Señor Presidente será informado de un sin fin de hechos, palabras, gestos, juramentos, deseos y delirios.

En ocasiones, la fatalidad o la casualidad, reinterpretadas por el tirano bajo el signo de la conspiración, llevan a personas absolutamente inocentes a ser señalados como rebeldes y traidores: «Veinticuatro horas antes, esta basura humana ahora agonizante, era alma de un hogar donde por toda política el canario urdía sus intrigas de alpiste, el chorro en la pila sus círculos concéntricos, el general sus interminables solitarios, y Camila sus caprichos» (Asturias, M. A. 1994: 97). La simple relación, cierta o no, con personas acusadas de traidores o bajo sospecha de actividades contrarias a la autoridad presidencial, puede ser causa de la caída en desgracia de cualquier hombre: «siendo todo su delito el haber aceptado una recomendación del general Eusebio Canales para que les facilitaran trabajo en la estación» (Asturias, M. A. 1994: 160).

Es así como el miedo trenza una intrincada red de delatores de la que nadie está a salvo, cualquier persona, víctima de su terror, puede señalar a otra como conspiradora, originando contra el poder continuas y ficticias revueltas y agresiones que el Señor Presidente debe afanarse en conjurar.

### *Conclusiones*

El poder del Señor Presidente, se asienta sobre el pánico que su nombre inspira. Literariamente, Asturias construye este terror a través de una doble estructura de naturaleza mítica y social. La confluencia en la figura del dictador de aspectos concretos de diferentes mitologías lo vincula con el dios Tohil de la tradición precolombina y le confiere un carácter divino y omnipotente. El nexo con la tradición católica y su Dios se configura por medio de la capacidad para canalizar la naturaleza azarosa de la Fortuna en beneficio propio, regulando la casualidad exógena y, potencialmente, hostil por medio de la causalidad interna de la que se nutre el poder. En el plano político, es presentado como el controlador de una tupida red de propaganda y delación con la que domina el país. La subyugación de los ciudadanos es absoluta. Religiosamente, se considera al mandatario el dios que puede proporcionar el calor necesario para vivir. Cívicamente, el déspota es *el hombre necesario*, vía única hacia el progreso y padre protector capaz de imponer orden en el caos nacional que ha convertido a los habitantes de su país en «hombres cazadores de hombres» (Asturias, M. A. 1994: 270).

No obstante, el fuego que Tohil y el Señor Presidente otorgan es un fuego fatuo, un fuego de muertos en vida, de vida en la muerte. Igualmente, a nivel político y social, el progreso y la posición que el sátrapa ofrece es también ficticio, siempre sometidos a la arbitrariedad de su potestad. La condición falsa



de su divinidad es insinuada por medio de elementos grotescos diseminados a lo largo de la novela.

### *Bibliografía*

Anderson-Imbert E., *Análisis de El Señor Presidente*, en Helmy F. Giacomán (editor), *Homenaje a M. A. Asturias. Variaciones interpretativas en torno a su obra*, Nueva York, Las Américas, 1971, pp. 125-131.

Asturias M.A., *El Señor Presidente*, Madrid, Alianza, 1994.

Egüez R., *El Señor Presidente a la luz de la estética del grotesco: la ambivalencia del mundo al revés*, en *Actas del Coloquio Internacional Miguel Ángel Asturias: 104 Años después (2-4 de julio 2003)*, Guatemala, Univ. Rafael Landívar, Departamento de Asuntos Culturales, 2003, pp. 221-230.

Foucault M., *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Kadiköylü N., «La evolución del tema de la dictadura y la figura del dictador en la novela latinoamericana», en *Cuadernos Americanos*, No. 140, 2012, pp. 221-238.

Leal L., *Mito y realismo social en Miguel Ángel Asturias*, en Helmy F. Giacomán (editor), *Homenaje a M. A. Asturias. Variaciones interpretativas en torno a su obra*, Nueva York, Las Américas, 1971, pp. 311-324.

León Hill E., *Miguel Ángel Asturias: lo ancestral en su obra literaria*, New York, Eliseo Torres, 1972.

Minguet Ch., *Tradición y modernidad en El Señor Presidente*, en Miguel Ángel Asturias, *El Señor Presidente*, Edición crítica, R. Navas Ruiz – J. M. Saint-Lu (editores), París– Fondo de Cultura Económica, 1978, pp. CXLIII-CLIV.

Navarro C., *La hipotiposis del miedo en El señor Presidente*, en Helmy F. Giacomán (ed.), *Homenaje a M. A. Asturias. Variaciones interpretativas en torno a su obra*, Nueva York, Las Américas, 1971, pp. 169-191.

Nigris C., *Prólogo*, en Juan de Mena. *Laberinto de Fortuna y otros poemas*, Barcelona, Crítica, 1994, pp. XXXIII-LXXXIX.

Pace D. G., «El panóptico dictatorial: La representación de la violencia política en *El Señor Presidente* (1946) y *La noche de Tlatelolco* (1971)», en *Sincronía*, Summer, 2009, [s. p.], <http://sincronia.cucsh.udg.mx/pacesummer09.htm> (20/11/2016).

Rodríguez T., *La problemática de la identidad en El Señor Presidente de Miguel Ángel Asturias*, Amsterdam–Atlanta, GA, Rodopi, 1989.

Rojas Pachas D., «El panóptico como modelo de poder en la novela *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias», en *Revista de Filosofía*, No. 68, 2012, pp. 155-165.

Ruffinelli J., «Las traiciones textuales de *El Señor Presidente*», en Miguel Ángel Asturias, *El Señor Presidente*, Edición crítica, Gerald Martin (coord.), Barcelona, Galaxia Gutenberg – ALLCA XX, 2000, pp. 871-882.

Sawala W., «La dictadura como sistema mítico-ritual en la novela latinoamericana», *Romanica Silesiana*, No. 9, 2014, pp. 227-236.

Verduzco R., «Prometeo, Tohil y (Cara de) Ángel Miguel: el mito fundacional ladino en *El Señor Presidente*, de Miguel Ángel Asturias», en *Revista de humanidades: Tecnológico de Monterrey*, No. 33-34, 2012, pp. 105-133.